

San Juan de la Cruz, los pájaros y la Dama de las dos sílabas

RUXANDRA CHISALITA

Uno de los más logrados lenguajes literarios contemporáneos es sin duda el de la novelística de Juan Goytisolo, autor controvertido que abandonó la España franquista para radicar en París y Marruecos, donde practica las libertades de una vida barroca, deudora de las raíces árabes reconocibles en la cultura hispánica. Novelista y ensayista que ha construido en diversas novelas un ámbito y una voz que dialogan con la cultura árabe, en *Las virtudes del pájaro solitario* (1988) fusiona aspectos ya abordados anteriormente —barroco hispánico, homosexualismo— con la preocupación generalizada de los noventa, el sida; aquí el narrador oscila entre el recuerdo de su iniciación en la homosexualidad; un estadio donde una milicia sanitaria concentra a quienes se han contagiado del virus del sida y la sustancia pecaminosa intuida en los versos de San Juan de la Cruz, recordados en diferentes momentos de la novela.

El seminarista o la seminarista, el Archimandrita o la Archimandrita, el narrador o la narradora arropada en floridas telas de colores y zapatos excéntricos de *travesti* recuerdan a las personalidades versátiles, mutantes, proteicas de los libros de Sarduy. La referencia a San Juan se enlaza con “esa cámara negra de la alhama que todos los sentidos suspendía y en donde se guardaba entero el hincón o amarradero de nuestras ansias”; es decir, con las celdas orgiásticas de la clandestinidad homosexual. Para Goytisolo, escribir es un acto sexual solitario que conjunta la vivencia con la lectura selectiva: así, el apasionamiento por el erotismo árabe —erótico, como todo lo desconocido— coincide con la vivencia a su vez erótica de los místicos árabes y cristianos, identificados mediante las coincidencias literarias que, antes que formulaciones nuevas de viejas lecturas, son transcripciones del acto sexual, escasamente veladas.

El ámbito de lenguaje que Goytisolo recrea afianza literariamente un ámbito poético —es decir, puramente sexual—, donde confluyen las *Soledades* de Góngora, los versos del místico español y de místicos o poetas islámicos: Ibn al Farid (“Al Jamriya”), Mawlana (“Odas a Chams Tabrizi”), Al Attar (“El lenguaje de los pájaros”), citados por el autor. Como en otras ocasiones, el rompecabezas de la novela se inicia con la inmersión en la

pesadilla de la nueva plaga y la escritura del *Tratado de las propiedades del pájaro solitario*, que señala la salida a la superficie y a la sobrevivencia. La identificación con los otros visitantes frecuentes de la alhama —el núcleo secreto, la cámara negra— propicia la asimilación de la pesadilla colectiva de la persecución, el aislamiento en el *ghetto* de un balneario o de un estadio, y finalmente el descubrimiento de los momentos anteriores a la plaga, los arrebatos carnales del misticismo.

El libro abunda en

pasajes y pasajes de belleza enigmática, incoherencia reveladora de la ebriedad y consumación gozosa del alma, entronque esotérico con la cábala y experiencia sufi, audaz apropiación del Otro en el verso Amada en el Amado transformada.

La nueva y la vieja textura del amor sexual sólo exigen el cambio de indumentaria y la ardua reincidencia en la heterodoxia: en la “sinuosa coyunda de enamorados”, llámese “alquimia, dilatación, calor, goce, luz, anodamiento” (así, suspendiendo el texto y sin punto final).

Con la extensión de la plaga irrumpen los cazadores con sus redes, y la persecución se convierte en carrera donde el dramatismo está entrecortado por detalles ridículos: el plumaje del sombrero y los velos se agitan, a la vez que el tacón del zapato se tuerce. En sí, los aspectos carnavalescos se reducen a elementos exteriores: la presencia de un prior de monasterio griego que lee el Cántico, el seminarista fámulo de Archimandrita, un *kirghis* de edad indefinible y la Doña o zancuda, dama angulosa con un cigarrillo filipino en su boquilla de ámbar. Representan cuadros pintados en colores sombríos, antes que excesos coloridos esperados como contraste necesario de la plaga. Ante la amenaza de la Dama de las dos sílabas, el recurso boccacciano de cultivar las artes de Shezade se ha revelado falaz. La novela es a la vez lectura carnal de San Juan de la Cruz, cómic goyesco que registra el avance de la zancuda, ficción apocalíptica que apunta el terror ante los infectados, desfile de la indumentaria antiatómica de los enfermeros y descubrimiento de la *utopía* perversa que se reconoce en toda la literatura erótica de aspectos místicos.

La enfermedad adquiere una multitud de significados: exilio, designio sagrado, for-

ma reconocible de las lecturas pecaminosas de una misteriosa biblioteca con manuscritos antiguos, “no sólo griegos y latinos sino incluso hebreos y árabigos” (“¿nos mantenían apartados de los demás a causa de nuestras lecturas o tests sanguíneos?”); en un principio, la enfermedad *se lee*, como *grafitti*, o se cuenta como chisme; es la amenaza imprecisa que rastrea y ataca a sus posibles víctimas, también a través del flashback encarnado que dilucida el “enigma insoluble del Cántico... oscilando entre la anchura y lobredez de su noche espiritual”. El camino hacia atrás, hacia los precursores de los arrobados y transpuestos modernos, revela tal vez la lectura de Ibn Arabi e Ibn al Farid pero ante todo la imposibilidad de hablar del cuerpo y del sexo, de volverlo directamente compatible con la santidad, el misticismo, lo que es reverenciado públicamente y sin reservas.

De ahí la dificultad de la afirmación, ya que no de la lectura y del contagio rítmico del cántico, más cercana a la misteriosa vivencia del adolescente que al congreso de especialistas en la obra del santo. La maldición ha cambiado de forma, y no de contenido: una plaga u otra han diezmando las alhamas y a sus devotas de la noche oscura; ante la amenaza de los perpetuos cazadores ha desaparecido *El elogio del vino* de Ben Sida (¿vencida? ¿Ven, cita?) y por siglos se han diluido las citas de los versos, a la vez que ha cobrado fuerza de vaticinio la frase “soy de una gente que, cuando ama, muere”.

Asamblea de los pájaros cierra el libro con una bella metáfora del oficio del escritor: movilidad inmóvil, multitud de trinos y gorjeos en la soledad del amor herido. La distorsión hipócrita proveniente del cristianismo obliga a buscar referencias de lo prohibido en textos antiguos o arábigos e impone la metáfora que conduce a una pluralidad de figuras de lo mismo: el señor mayor, el Archimandrita y su fámulo, el seminarista torturado por la justicia exclamando “¿por qué no vendrá el Turco y ganará esta tierra para que cada uno viva como quiera?” Este deseo enlaza de nuevo con *La reivindicación del conde Don Julián* y con la invasión de París por letreros en escritura árabe y voces roncadas, en *Paisajes después de la batalla*. La estrechez moral del mundo occidental se angosta aún más a partir de la nueva plaga, de modo que la nostalgia por los tiempos de la convivencia árabe y española es aún más marcada.

Se revela una vez más el espíritu agudo de Goytisolo, su sentido del humor amante de disfraces y escenografías truculentos, su gran conocimiento de la literatura española, en esta novela gozosa, aunque ubicada en tiempo presente de la Dama de las dos sílabas. ♦

Juan Goytisolo: *Las virtudes del pájaro solitario*, Alfaguara, Madrid, 1994. 238 pp.